

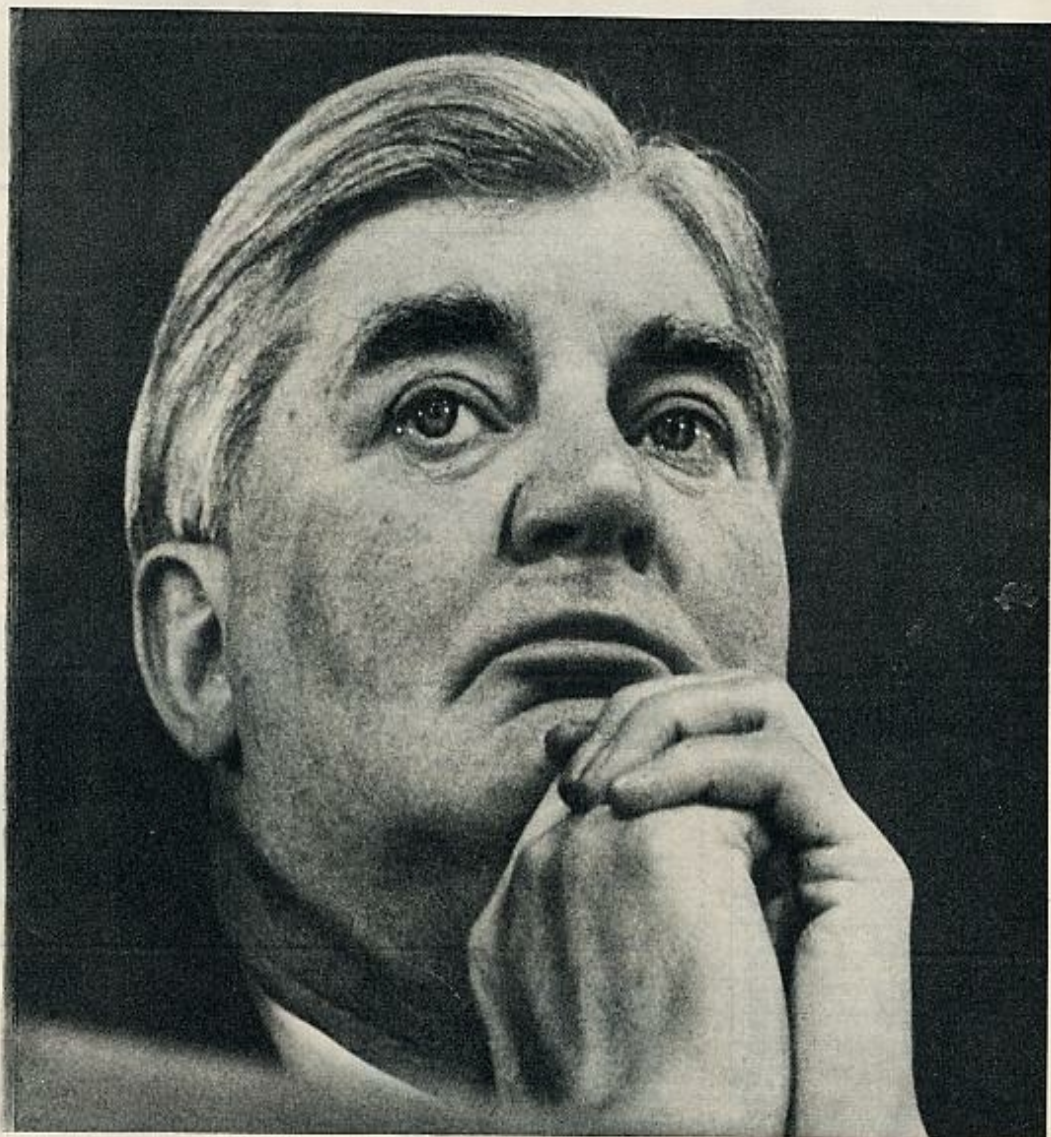
EL MINERO Y EL P

Las situaciones no son comparables, los protagonistas del drama no se parecen. Pero la comparación se ha impuesto a todos: al dimitir espectacularmente del gobierno laborista de Mr. Harold Wilson, Frank Cousins ha recordado irresistiblemente la dimisión, en 1951, de Aneurin Bevan.

Como Bevan, Frank Cousins es hijo de minero. Igual que Bevan bajó a la mina a la edad de catorce años. Por sus orígenes y su formación es un «condenado de la tierra»: un hombre que como los estibadores, los descargadores, los camioneros cuya lucha dirigió en un momento dado, no puede perdonar a la clase dirigente la sociedad que ha hecho. Y al que la clase dirigente no perdonará nunca el no haber estudiado en Oxford o en Cambridge, el no haber sido profesor —como Wilson— en la London School of Economics y el decir, con acento del Norte y en frases cortadas, que el socialismo es una cosa y el capitalismo la contraria y que él, Frank Cousins, «es únicamente leal a la clase obrera».

falsos comunistas

Hace cerca de diez años, Cousins fue puesto a la cabeza del mayor sindicato británico, la T. G. W. U., con 1.400.000 miembros, y que engloba a obreros del transporte —de carretera y urbano—, de los muelles, trabajadores sin calificación precisa, empleados de los grandes almacenes. En aquella época se trató de la primera gran victoria del «bevanismo» en el frente sindical. La T. G. W. U., hasta entonces, estaba dirigida por Deakin, el hombre que había pedido la exclusión de Bevan del partido, impuesto sin desfallecer «la autodisciplina reivindicativa», provocado una serie ininterrumpida de huelgas «ilegales» en la base, reprimiéndolas después imputándolas a «agitadores comunistas».



La actual crisis del Gobierno laborista recuerda irresistiblemente la originada por la dimisión, en 1951, de Aneurin Bevan.

El primer ministro, Mr. Wilson, siguió con los métodos de Deakin al insinuar que el sindicato de los marineros (N. U. S.) en huelga estaba influenciado por los comunistas. Obligado a explicarse, dio el nombre de dos miembros de la ejecutiva del N. U. S., «comunistas militantes», y de toda una serie de otros dirigentes «culpables» de haberse reunido con ellos o de haberse alojado en sus casas con ocasión de un desplazamiento. Los «culpables» no eran comunistas, sino católicos practicantes.

La ruptura entre Wilson y Cousins se hizo inevitable aquel mismo día. Se gestaba desde hacía más de un año. Al fin de los años cincuenta, cuando Gaitskell, entonces jefe del partido, preconizaba el abandono de cualquier proyecto de nacionalización a fin de ganarse los votos de las clases medias, Cousins replicó abiertamente que si el partido laborista debía comprar el poder mediante el abandono de toda doctrina y de todo programa socialista, él, Cousins, pre-

fería que el partido no ganara nunca.

lo primero, la libra

Lo asombroso, pues, no es la dimisión de Cousins; es que haya aceptado, hace veinte meses, y conservado hasta hace unas semanas, una cartera clave, la de Tecnología. El destino de la política de Wilson, en efecto, fue sellado desde el día de noviembre de 1964 en que dio la prioridad a la salvación de la libra. Ante el con-

PROFESOR

greso de las Trade Unions (T. U. C.), poco antes, un orador lúcido había predicho las consecuencias que tendría tal decisión.

«Si quieren ustedes concertar en el extranjero un empréstito sin garantías, no vengan a hablarnos de política extranjera independiente, de política de defensa independiente. Si piden préstamos a los bancos extranjeros se les impondrá una política de deflación y de amputación de los servicios sociales...».

Aquel orador lúcido se llamaba Harold Wilson. Dos meses más tarde hacía apoyar la libra esterlina a los bancos extranjeros. Desde entonces no ha dejado de recurrir a ellos. Ha tenido que darles garantías: la comprensión de la demanda interior y, sobre todo, el bloqueo de los salarios por medio de un proyecto de ley tendente a disciplinar a los sindicatos: limitación al 3,5 por ciento por año del aumento de los salarios; comunicación obligatoria a un comité de expertos de toda reivindicación sindical; prohibición de llevar adelante cualquier reivindicación en los treinta días siguientes a su comunicación.

En la época en que este proyecto de ley se hizo público, Wilson tenía dos votos de mayoría en la cámara. Estaba a la merced de los votos liberales. Presentaba a su política como una política de unión nacional, a su partido como un partido de unión, por encima de las clases. ¿Lo hacía por necesidad? ¿Por astucia? ¿Por decisión consciente? La duda quedaba. Y, en la duda, la izquierda del partido apretaba sus filas en torno al primer ministro.

un disfraz

Después de las elecciones de febrero ya no quedó la sombra de una duda. Reelegido con una mayoría aplastante, Wilson acentuó los trazos conservadores de su política. Dejó de tener necesidad de los elegidos de izquierda;

no tuvo ningún miramiento más con ellos. Su proyecto es el de expurgar el partido de las corrientes socialistas, de los relentes de obrerismo y de lucha de clase. Se trata de construir un partido de gobierno, semejante al partido demócrata americano; de impedir o retrasar el renacimiento del partido conservador haciendo, en su lugar pero mejor que él, una política ilustrada y conservadora.

El parlamento ha adoptado, pues, el proyecto de ley que tiende a imponer a los sindicatos una disciplina reivindicativa. Cousins escribe al admitir lo que no ha cesado de repetir, en nombre de su sindicato, seguido en este punto desde hace algunos días por el de los mineros: «Esta ley es un error en su concepción y en su método...». Elude el fondo de la cuestión, que es definir una política económica. El comité de expertos encargado de apreciar el fundamento de las reivindicaciones sindicales no es sino un transparente disfraz de la arbitrariedad burocrática del gobierno. Restringir la libertad de acción de los sindicatos es un primer paso «hacia sanciones judiciales contra los que no están de acuerdo con el gobierno».

La base sindical añade sus propios argumentos a los de Cousins: el gobierno, dice, pretende subordinar los aumentos de salarios a los aumentos de productividad. Pero éstos dependen de los patronos, no de los obreros. Si se quiere que la productividad aumente, no hay más que dos modos de lograrlo: aumentar el coste de la mano de obra, es decir los salarios de base, a fin de obligar al patronato a mecanizar, o introducir la gestión obrera en los talleres y el control obrero sobre la política de gestión de las firmas. Ambos modos presuponen la autonomía sindical. La vía elegida por el gobierno consiste en hacer pagar a los trabajadores la incapacidad y la rutina del patronato.



Frank Cousins, como Bevan, es, por su origen, un «condenado de la tierra».

sin armas

Con la dimisión de Cousins, el divorcio entre la base sindical y el gobierno se lleva a cabo. El próximo otoño, en el congreso de las T. U. C., en el congreso del partido —del que los sindicatos son parte integrante—, la T. G. W. U. pondrá un millón y medio de votos contra Wilson en la balanza, e inevitablemente arrastrará a otras organizaciones tras ella. ¿Quiere esto decir que Cousins estará en mejor posición que la de Bevan en su momento para volver a llevar al partido y al gobierno a su vocación socialista? No es seguro. Bevan, en efecto, poseía cualidades que Cousins no tiene. Este sabe arrastrar a una asamblea obrera, dirigir una lucha de masa. No sabe, como Bevan, levantar un congreso político, triunfar en un duelo oratorio, traducir una convicción y unos principios en línea política, en programa de gobierno.

Cousins dará, pues, al ala iz-

quierda del partido una base de masa y un líder prestigioso. No le dará el líder político, el hombre de Estado, el ideólogo sin el cual un movimiento, por numerosos que sean sus adherentes, no puede convertirse en una fuerza política decisiva. A Wilson le ha bastado media hora y el anuncio de un viaje a Moscú, precipitadamente improvisado y sin perspectivas, para reducir de cien a cuarenta el número de los diputados laboristas hostiles a su fidelidad a los Estados Unidos. Contra la habilidad y la astucia de Wilson, un Cousins se queda sin armas. Ha abierto la crisis interna del partido: la ha vuelto a poner en movimiento al poner en tela de juicio en toda la línea la política wilsoniana. Esto ya es mucho. Pero para que la crisis desemboque en una nueva política, a la izquierda laborista le hacen todavía falta otros líderes.

MICHEL BOSQUET

(Fotos KEYSTONE)